

CASA PATERNA DE LA FILOSOFÍA CUBANA

El pasado 23 de febrero, los delegados al V Congreso Nacional de Historia de la Ciencia y la Tecnología, quisieron rendirle homenaje al Siervo de Dios Félix Varela Morales, padre fundador de la nación y de la ciencia en Cuba, con una visita al Seminario San Carlos y San Ambrosio, de La Habana. El doctor Gustavo Andújar leyó un mensaje enviado especialmente por el cardenal Jaime Ortega para los participantes en el Congreso. Los delegados fueron acogidos por el Grupo de Reflexión y Servicio del Arzobispado de La Habana y el máster en ciencias Nelson Crespo, integrante de este Grupo, leyó un mensaje de bienvenida, que a continuación ofrecemos.

-Delegados del V Congreso Nacional de Historia de la Ciencia y la Tecnología

-Distinguidos invitados

-Señoras y señores:

Es motivo de honda satisfacción poder recibirlos esta mañana en el Seminario San Carlos y San Ambrosio, lugar donde se forman, en vistas al sacerdocio, varias decenas de jóvenes de todo el país.

No ha sido la belleza de la fachada barroca de San Carlos, ni la esbeltez de las centenarias arcadas de su sobrio claustro, el móvil que nos congrega hoy en esta histórica edificación que, aunque con indiscutible valor patrimonial, a ojos del profano pudiera resultar sólo una más de las admirables edificaciones que se conservan en esta ecléctica Habana nuestra.

José de la Luz y Caballero inmortalizó la frase: "... mientras se piense en la Isla de Cuba, se pensará en quien nos enseñó primero a pensar". No aparece en esta sentencia de Luz y Caballero, (si la sacamos de su contexto), el nombre de aquel a quien tantos quilates confiere; tampoco es necesario. De entre los cubanos sólo a uno puede atribuírsele semejante apelativo: al padre Félix Varela y Morales.

En la historia de la humanidad existen acontecimientos y hombres que dejan en ella una huella imperecedera. En el nacimiento de Cuba como nación, se dio una excepcional trilogía "maestro-discípulo" que tiene en el padre Varela, (discípulo de José Agustín y Caballero y maestro

de José Antonio Saco), una especie de punto de inflexión. Esta trilogía, y los hombres del Iluminismo nuestro, (de los cuales son parte indivisa), fueron los que pensaron a Cuba, los que "inventaron a Cuba". Y este Iluminismo nuestro posee un centro gravitacional: el Seminario San Carlos y San Ambrosio; el arcótipo cubano.

En Cuba es imposible hablar de identidad nacional, de historia, o de ciencia, sin hacer referencia a este Seminario. En estas mismas aulas, en estos mismos pasillos por los que hemos transitado, resuenan aún el eco de las voces de muchos de los que aquí recibieron su formación filosófica, humanista, teológica y científica.

Baste mencionar, para no hacer interminable o tediosa la lista, sólo algunos de los patricios cubanos que bebieron la savia nutricia y fundacional de San Carlos.

Comencemos por Francisco de Arango y Parreño, experto en asuntos agrícolas; el doctor Tomás Romay, promotor de la enseñanza práctica de la medicina; el padre José Agustín y Caballero, aquel que, en palabras de José Martí, fue el "padre de los pobres y de nuestra filosofía"; el padre Félix Varela y Morales, "el santo cubano", (retomando palabras de Martí), el sacerdote íntegro, el maestro de generaciones, aquel que suprime el método escolástico en la enseñanza de la filosofía y renueva los métodos de investigación científica, introduciendo la enseñanza práctica de la

física y de la química. El mismo a quien debemos la instalación y el avituallamiento, (a sólo unos escasos pasos de esta misma aula), del primer laboratorio de física experimental que operó en tierras cubanas, complemento imprescindible para sus newtonianas clases de física; y la escritura, al abrigo de estas propias piedras, del primer libro de física escrito por un cubano, y de otros textos que refieren proposiciones sobre geografía, astronomía, química y botánica.

A la pléyade de patricios cubanos que pasaron por estas aulas, permítanme agregar, por su significado, sólo tres nombres: Cirilo Villaverde, uno de nuestros escritores más emblemáticos, Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, y Rafael María de Mendive, hombre de probada calidad moral, maestro y guía espiritual del apóstol de la independencia de Cuba, José Martí, aquel que soñó una Cuba "con todos y para el bien de todos".

El Seminario San Carlos y San Ambrosio es punto de encuentro y referencia obligada al referirse a Cuba como nación. Aquí nacieron y convergieron, en un amplio abanico y espectro, las ideas que configuraron la identidad del cubano, sin exclusiones, sin dogmatismos, sin imposiciones. Es más, incluso los que lucharon en las dos guerras patrias: Céspedes, Agramonte, Maceo... Martí, eran activos custodios y propagadores de aquel raigal sentir patriótico que, en el caso de Cuba, no nació en los cuarteles, como en

otros países de la América Latina, sino de hombres de la estirpe del padre Varela y de los prohombres de San Carlos.

Sin embargo, no debemos caer en la tentación, de la que son víctima muchas veces los historiadores, de magnificar y cubrir con un monocromático velo de gloria, los acontecimientos o sus protagonistas.

San Carlos, con sus glorias, no estuvo exento de los desatinos que están latentes en toda obra que contemple el componente humano; pero ello no logra obnubilar la presencia fundacional de este Seminario, verdadero reservorio de cubanidad, ni su poder de convocatoria y aglutinamiento.

No en balde hoy, dos siglos después, la Sociedad Cubana de Historia de la Ciencia y la Tecnología está reunida precisamente en estas aulas, en el marco de su V Congreso, para homenajear al padre Félix Varela, precursor de la ciencia experimental cubana.

Ahora bien, el Seminario San Carlos y San Ambrosio, (en lo referido a la ciencia), no es un coto reservado a los historiadores que huragan sobre sus orígenes en nuestra historia patria.

Muchos de los aquí presentes han pisado más de una vez estos claustros, respondiendo, por citar sólo uno de los múltiples y variados ejemplos, a la invitación del Grupo de Reflexión y Servicio del Arzobispado de La Habana: Astrónomos, biólogos, filósofos, físicos, historiadores..., han participado en encuentros conjuntos que han debatido los temas más disímiles, encuentros que, con la realización del Simposio *Ciencia, Religión y Fe ¿Un diálogo posible?*, alcanzaron un punto cime-ro, tanto por el nivel de los temas tratados, como por la valía de los expositores, baste mencionar entre ellos al doctor Ismael Clark, presidente de la Academia de Ciencias de Cuba, o a monseñor Marcelo Sánchez Sorondo, Canciller de la vaticana Academia Pontificia de las Ciencias.

Pasado y presente se aúnan, pues, en estas aulas. Pero no sólo ellos, el

Fachada principal del Seminario San Carlos y San Ambrosio



futuro promete continuar en esta dirección.

No pocos de ustedes conocen que en estos momentos la Iglesia está inmersa en la construcción de una nueva sede para el Seminario San Carlos y San Ambrosio en las afueras de la Ciudad, con condiciones e infraestructuras docentes y habitacionales más adecuadas para la formación de los aspirantes al sacerdocio. Una vez concluidas las obras, esta vetusta y fundacional edificación colonial en que nos encontramos se convertirá, por deseo del cardenal arzobispo de La Habana, Jaime Ortega Alamino, en un centro de ciencias teológico-filosóficas destinado a los laicos, con el nombre obligado de “Centro (o Instituto) padre Félix Varela”. Esta emblemática edificación se mantendrá, de este modo, como un oasis para la cultura cubana, como un espacio de encuentro y convergencia del saber y de las ciencias (en la más amplia acepción del término).

Alguno de ustedes tal vez se pueda preguntar: ¿Por qué este afán de la Iglesia por la promoción de la cultura, por la promoción de las ciencias, por la promoción del pensar? El sacerdote y astrónomo belga Georges Lemaître, postulador de la

teoría del llamado “núcleo primordial”, primicia de lo que con el aporte de George Gamow llegaría a conocerse como “Teoría de la Gran Explosión” o del “Big Bang”, cuestionaba: “¿Tendrá la Iglesia necesidad de la ciencia?”, y acotaba: “Ciertamente no, le bastan la Cruz y el Evangelio. Pero a un cristiano nada de lo humano le es extraño. ¿Cómo podría la Iglesia desinteresarse de la más noble de las ocupaciones estrictamente humanas: la búsqueda de la verdad?”.

Esta promoción de la cultura científica como búsqueda de la verdad que refiere el padre Lemaître, la Iglesia la realiza proponiendo, no imponiendo, invitando siempre al diálogo desprejuiciado y desideologizado, convencida de que no actuar de modo racional, no actuar con el logos, no actuar conforme a la razón, es contrario a la naturaleza de Dios.

Esto no es, como alguno que otro pudiera pensar, una estrategia de la Iglesia para, (usando un popular aforismo cubano), “aplatanarse” a la plural y vertiginosa cultura post-moderna. En pleno corazón de la Edad Media, catalogada por no pocos como una etapa oscurantista, santo Tomás de Aquino sentenciaba: “La verdad, díjala quien la diga,

procede del Espíritu Santo”. ¿Era acaso ésta una premonición del relativismo que impera en la contemporaneidad bajo la premisa del “todo vale”?

Por supuesto que no. Cuando santo Tomás de Aquino afirma: “la verdad, díjala quien la diga, procede del Espíritu Santo”, lo hace convencido de que la verdad jamás podrá entrar en contradicción con la verdad. Por ello, la invitación siempre latente de la Iglesia es, en palabras del Papa Benedicto XVI, “ser siempre respetuosos de las opiniones de los demás y buscar, con espíritu libre y responsable, la verdad y el bien”.

Estas palabras del Romano Pontífice no van a constituir en modo alguno una cuestión de persuasión o de mera retórica. Aún en el caso en que eludamos cualquier referencia a Dios, la propia Ley Natural, esa semilla del Verbo latente en todo ser humano, dicta que, más allá de la actividad específica que preocupe u ocupe a cada hombre en particular, éste debe orientar su inteligencia a la búsqueda de la verdad y su voluntad a la búsqueda del bien común; siendo ésta la única directriz que puede hacer que, independientemente de la filiación filosófica detentada, el espíritu humano pueda alcanzar su realización plena. Al respecto refiere una

frase grabada en la cúpula de la Basílica de Santa María de los Ángeles en Roma: “La ciencia tiene raíces en lo inmanente pero lleva al hombre hacia lo trascendente”.

Todo hombre, en particular el hombre de ciencia, está en la obligación insoslayable de desarrollar la capacidad, (dialéctica, dirán los filósofos), de revisar una y otra vez sus propias convicciones y opiniones, sus propias alternativas y modelos. No se trata, pues, de buscar “mi verdad”, ni “tu verdad”; es más, no se trata siquiera de buscar “nuestra verdad”. Cualquiera adjetivo que antepongamos a la Verdad, (a la Verdad con mayúscula), la puede hacer prisionera de las ideologías de turno, o de los paradigmas filosóficos, religiosos, sociológicos e incluso científicos del momento; y la historia, tanto la antigua como la contemporánea, da muestras fehacientes de ello. Basten citar las páginas negras de la Santa Inquisición, (lo mismo la católica que su seudónima protestante), los horrores de los campos de concentración de Hitler, o los atropellos de los campos de trabajo forzado de Stalin, los Gulag soviéticos.

Por ello, frente a la actual cultura relativista, frente a la actual “dictadura del relativismo”, (en palabras del papa Benedicto XVI), la Iglesia, en fidelidad a su misión, está en la obligación de recordar al hombre de hoy, sobre todo al hombre de ciencia, que la Verdad existe, que puede alcanzarse, y que, aunque el conocimiento humano es limitado, podemos en muchos casos llegar a certezas, aunque no agotemos todo el contenido de la verdad poseída. También es importante recordar que el conocimiento ordinario, la ciencia experimental, la reflexión filosófica y la teología, constituyen accesos diversos, pero armónicamente complementarios, a la única verdad objetiva; aquella que, en palabras de Jesucristo, nos hace realmente libres, (cf. Jn 8, 32).

Por ello, ni el hombre de ciencia, ni el hombre de Iglesia, puede conformarse con “medias verdades”. Así lo resume el padre Varela: “... no se trata solamente de que defien-

dan la verdad como base del conocimiento que se adquiere. Se trata también de proporcionar, mediante la gestión educativa, los instrumentos que les permitan descubrir la verdad por sí mismos, para que, a partir de convicciones enteramente personales, puedan vivir de acuerdo con ellas... No se trata de la formación de un pensamiento limitado o reducido a sus propios horizontes cognoscitivos, sino de la posesión de un pensamiento que sea libertad en sí mismo y, a la vez, fundamento en que se asiente la posibilidad y permanencia de la condición y el sentido de esa libertad...”.

Estas palabras del padre Varela, pronunciadas hace casi 200 años, debemos retomarlas una y otra vez, ellas resumen, por sí solas, la actitud que debe regir a todo ser humano; sobre todo a aquellos que se dedican a la loable misión de desentrañar, mediante la investigación científica, los secretos de la naturaleza que nos rodea, para ponerla, mediante el uso de la técnica, a nuestro servicio, al servicio del bien común. Esa fue precisamente la primera misión que, según el poético y alegórico relato del génesis bíblico, el Creador encomendó al hombre: “Sean fecundos, dominen la tierra, sométanla...” (cf. Gn 1, 28).

Estimados delegados e invitados: antes de continuar con el programa previsto, es de rigor darles a todos y cada uno de ustedes nuestra más cordial bienvenida. Sin embargo, aunque así lo dicten las más elementales reglas de la urbanidad, ello sería un error de perspectiva. El Seminario San Carlos y San Ambrosio es la cuna de lo más autóctono de nuestro pensamiento nacional, es la casa paterna de la filosofía cubana, es, en cierto modo, la casa paterna de la ciencia experimental cubana; y en la casa paterna a los hijos no hay que declararlos bienvenidos, ellos son, simple y llanamente, parte constitutiva de ella.

Sientan, pues, estas históricas aulas, estos históricos claustros, como lo que son: la casa paterna, su propia casa.

Muchas gracias. ✚



MSc. Nelson Crespo